

CAPÍTULO UNO

PENNA

LAS VEGAS

El chico seguía mirándome.

Me quedé parada en el vestíbulo del Bellagio revisando mis mensajes de texto —la mayoría de los cuales estaba evitando descaradamente—, pero, cuando levanté la vista, el adolescente larguirucho seguía mirándome embobado. Llevaba una gorra Fox de motocross y una camiseta de los Nitro Circus World Games, y por cómo alternaba la mirada entre su teléfono y yo, era evidente que me había reconocido.

Por suerte, sonó una notificación en mi teléfono, lo que me ayudó a no pensar en el hecho de que, probablemente, el chico estuviera publicando mi ubicación en Twitter en ese mismo instante.

Genial.

Little John: Ya está todo arreglado.

Penna: Gracias. Afuera en quince?

Little John: Sigo pensando que es una idea de mierda.

Penna: Tomo nota.

Estaba guardando el teléfono en el bolsillo del pantalón cuando el chico empezó a acercarse, después de mirar de reojo a sus padres para ver si ya habían terminado de registrarse en el hotel.

—Disculpa... —Se le quebró la voz.

—¿Sí? —pregunté con una sonrisa.

—Ya sé que seguro que esto es una estupidez, pero ¿tú eres... Rebel?

Me atraparon.

—La misma. —Obligué a los músculos de mi cara a mantener curvados los labios.

Al chico se le pusieron los ojos redondos y mi sonrisa se volvió genuina.

—Te amo. —Se puso rojo como un tomate—. Digo, amo mirarte. Ay, mierda. No voy detrás de ti como un acosador ni nada por el estilo.

—No te preocupes, sé lo que quisiste decir —dije, y me reí, sacudiendo un poco los hombros.

Después de un par de selfis, el chico estaba en el séptimo cielo.

—¿Me haces un favor? —le pregunté mientras le firmaba la gorra.

—Cualquier cosa.

—¿Podrías esperar un par de horas para publicar eso en las redes sociales? Es muy importante. —Sabía que el chico tal vez lo haría igualmente, pero me quedaba más tranquila con una promesa.

—Sí. Claro, no hay problema. —Me asintió con entusiasmo.

—Gracias. Le devolví la gorra mientras se acercaban sus padres.

Ya me había dado la vuelta para dirigirme al bar cuando me llamó.

—Rebel, ¿esto quiere decir que has vuelto al ruedo?

—Eso está por verse —le dije justo antes de desaparecer de su vista.

Siempre me descolocaba que me reconocieran en público; pensar que, de alguna manera, nos habíamos vuelto lo bastante famosos para que pasaran estas cosas. Pero esta vez fue distinto. Quizá porque

estaba sola por primera vez: sin Pax, ni Landon, ni Nick..., ni Brooke. Quizá porque hacía tres meses que no participaba en ningún reto de los Renegades.

No, no era por eso. Era porque ese chico había logrado identificarme cuando yo ya no podía reconocirme a mí misma.

Rebel. Me gané ese apodo temprano en la vida, ya que nunca encajé con las normas sociales que mis padres esperaban de una niña. Motos de cross, tablas de snowboard, paracaídas, cuerdas de bungee: esas habían sido mis casitas de muñecas. Los X Games cumplieron el papel de las clases de etiqueta y los bailes de sociedad. Fui contra corriente y gané una medalla de oro en la prueba del *whip*, que hasta entonces siempre había sido solo para hombres. En lugar de entrar en la Liga Juvenil, me entregué a mi adicción a la adrenalina y los deportes extremos, y fundé los Renegades con tres de mis mejores amigos, que acabaron convirtiéndose en mis hermanos. La mejor manera de lograr que hiciera algo era decirme que no podía. Me rebelaba.

Pero esta vez era distinto.

Esta vez me estaba rebelando contra mis amigos, me estaba saliendo del guion.

El ruido del casino me ensordeció mientras me dirigía al bar donde Patrick me había dicho que nos encontraríamos. Mi camiseta holgada sin mangas, mis vaqueros ajustados y mis zapatillas Vans negras no eran la vestimenta más común para ir al bar, pero ya estaba acostumbrada a llamar la atención.

Eché un vistazo rápido al local y vi que Patrick todavía no había llegado, así que me acerqué a la barra y me apoyé en la encimera de granito.

—¿Qué te sirvo? —preguntó la camarera.

—Un agua con hielo y limón, por favor —le pedí mientras me sentaba en la banqueta.

—Ya sale —dijo, y se alejó para preparar el pedido.

—Tú sí que vives al límite —dijo una voz grave con un leve acento a mi lado.

Me volví hacia él y, por poco, mi instinto me hace soltar un grito ahogado. *Qué sonrisa*. El tipo era tan guapo que era inevitable quedarse mirándolo: tenía el pelo negro y espeso, con un corte militar; unos ojos del color del chocolate; la piel morena, y una sonrisa que me obligó a apoyarme en la barra para que no se me cayera la baba que, sin duda, se me estaba escapando de la boca. Tenía unos hoyuelos y... *Ah, mierda, qué brazos más pornográficos*. Tenía arremangada la camisa, lo que insinuaba de forma provocativa la forma de sus bíceps. Se me encogió el estómago y fue la primera vez *en años* que un hombre atractivo me provocaba una reacción física al verlo.

Me levantó una ceja y esa sonrisa se volvió sexy y peligrosa. Sabía bien el efecto que me generaba, pero el gesto le salió juguetón en vez de creído y guarro, que era a lo que yo estaba acostumbrada. Solté una sonrisa y negué con la cabeza. Yo siempre estaba rodeada de hombres atractivos, exquisitos y tonificados, pero, de repente, me estaba volviendo loca por un desconocido en un bar.

Un desconocido que no sabía quién era ni qué hacía, ni qué me había pasado en los últimos tres meses.

—Soy Cruz —dijo, girándose en la banqueta para mirarme de frente.

—Yo soy Pen... Penélope. —Mi nombre completo sonaba extraño, ya que siempre me llamaban Penna. Pero aquella noche no era Penna. Ni Rebel. La verdad es que no sabía quién era.

—Penélope —repitió, acariciando mi nombre con su acento.

No importaba; sonaba delicioso dicho por él. ¿Qué idioma hablaba? ¿Era español? No exactamente, pero era algo así de sexy.

—¿No vas a beber esta noche? —preguntó, bajando el pulgar por el vaso, que todavía estaba lleno. No llevaba alianza.

Le di las gracias a la camarera, puse un billete de cinco en la barra al recibir mi agua con limón y me volví de nuevo hacia Cruz.

—Nop. Necesito estar lúcida.

Levantó una ceja negra.

—¿Menor de edad?

—Te encantaría saberlo, ¿no? —¿*Estás coqueteando?* Yo no coqueteaba. Jamás. Tal vez para las cámaras y el público, pero nunca en mi vida personal.

—La verdad es que sí —dijo, inclinándose hacia delante.

Me acerqué también y le susurré al oído:

—Soy carne prohibida y solo estoy aquí para hacer que termines preso. —Dios, tenía un olor increíble: una colonia cálida y costosa, y algo más que no lograba identificar.

Frunció el ceño, como si estuviera intentando dilucidar si bromeaba o no. Al final, me reí con alegría y despreocupación.

—Es broma —dije—. Tengo veintiuno. En realidad, cumplo veintidós el mes que viene.

—Menos mal. —Su mirada despertó todas mis hormonas, que después de tanto tiempo inactivas, se pusieron en marcha de golpe. Bebí otro sorbo de agua, esperando que la temperatura enfriara las partes de mí que no tenían ningún derecho a calentarse en ese momento.

Antes de que pudiera seguir cayendo en las profundidades de esa madriguera de conejo, sentí una fuerte nalgada en el culo. *Ah, no, eso sí que no.*

Me di la vuelta de golpe, hincándole el codo en el estómago al tipo que estaba detrás de mí, y luego terminé de darme la vuelta y le apreté la garganta con la mano, clavándolo contra la barra.

El imbécil de Patrick.

—Tranquila, Rebel. Solo quería hacerte saltar —dijo con una sonrisa descarada, levantando las manos en el aire.

—Métete las putas manos donde no te da el sol, porque la próxima vez que me toques el culo, te van a quedar como dos muñones chorreando sangre.

Me dirigió una mirada de falsa sorpresa.

—Ah, bueno, ¿así habla una señorita?

—Cállate, Pat. Nunca te habrías atrevido a hacer algo así si Pax y Landon estuvieran aquí. —Le solté la garganta y volví a mi banqueta, muy consciente de que seguro que había quedado como una psicópata delante de Cruz.

Patrick me dirigió otra sonrisa, se sentó en la banqueta que estaba a mi lado y señaló la tele que había encima de la barra, donde estaban pasando en ESPN los momentos destacados de la competición de los X Games del día.

—Bueno, pero no están. Por eso me llamaste.

—Te llamé porque eres el único Renegade que no está ni al otro lado del mundo ni en Aspen y necesito a alguien de confianza. —Miré fugazmente hacia Cruz, que había vuelto con sus amigos.

Es para mejor. Como si fuera a pasar algo.

—Sí, es que lo mío son los juegos de verano —dijo Patrick, devolviéndome la atención. Era bastante promedio para ser un Renegade. Un atleta excelente, pero no el mejor. Atractivo, pero no... Digamos que no como Cruz. Se me acercó poniéndome el aliento caliente en la cara—. Y yo que esperaba que solo quisieras verme a solas.

Me quedé atónita y me alejé. No podía ser, ¿o sí?

—¿Estuviste bebiendo? —pregunté, rezando para estar equivocada. Por supuesto, los Renegades éramos temerarios e incluso peligrosos,

pero había un límite que nunca cruzábamos: *nunca* mezclábamos retos y sustancias. Una cagada así te podía matar.

Se encogió de hombros.

—Solo me tomé un par de tragos. Nada de qué preocuparse. Puedo saltar igual.

—No, no puedes. —Aparté la mirada, viendo cómo mis planes se desvanecían más rápido que el hielo de mi vaso.

—¿Cómo que no? Sí puedo.

Lo fulminé con la mirada.

—No. No. Pue. Des. Algo así de peligroso, no. —¿Qué iba a hacer? ¿Abandonar? ¿Esperar y pedir refuerzos? ¿Admitir que no podía sola?

Su mirada se volvió hostil.

—¿Y quién eres tú para decidir eso?

Mis pensamientos se acallaron cuando me inundó un enojo glacial.

—Soy una de los Originales. Este es mi reto. Mi equipo. Y te estoy diciendo que ya quedaste fuera.

Soltó una risita burlona y se bajó de la banqueta de un empujón.

—Vete a la mierda, Penna. Un día alguien te va a bajar de ese pedestal que te has montado en la cabeza. Todo el mundo sabe que estás rota. Resuelve tus cosas sola. Yo me voy.

Se fue sin mirar atrás y, de pronto, quise que mi vaso estuviera lleno de vodka en lugar de agua. En una cosa tenía razón: estaba rota. No era algo que yo admitiera a la ligera, pero ahora mis mejores amigos estaban de fiesta en Aspen, festejando las medallas que acababan de ganar en los X Games, y yo estaba encerrada en Las Vegas... Podría decirse que estaba rota.

Tendría que haber estado allí, compitiendo con ellos y contra ellos. Rebel habría estado. Era dura, astuta, consciente de sus habilidades y de su valor. Pero, de alguna manera, había dejado a Rebel en el suelo

de la pista de Dubái, aplastada por el peso de una moto de motocross y un reflector del estadio que su propia hermana había arrojado.

Hacía tres meses que me sentía como Penna, simple y aburrida, y por mucho que lo intentara, no lograba despertar a Rebel, no lograba levantarla y hacer que se diera cuenta de que se estaba marchitando.

Los médicos me dieron el alta de la pierna hace un mes, justo antes de Navidad, pero usé todas las excusas habidas y por haber para no subirme a una moto, ni a una moto de nieve ni a nada que me pusiera de nuevo en mi lugar de Renegade Original. Estaba fuera de forma por los meses que había pasado con el yeso, pero mi cuerpo no era lo único que necesitaba rehabilitarse. Tenía la mente nublada, no podía concentrarme y tenía el corazón roto. Extrañaba a la única persona a la que no tenía permitido echar de menos: a Brooke.

Esa noche iba a dar el primer paso para retomar mi vida de siempre. *Olvidate de ese plan. No puedes hacerlo sola.* Romper esa regla de los Renegades era tan malo como romper la de las sustancias. Nosotros íbamos limpios y sobrios, y nos cuidábamos el uno al otro cuando había que hacer retos.

—¿Estás bien? —La voz de Cruz irrumpió en mi momento de autocompasión.

—Sí —le aseguré, incapaz de esbozar una sonrisa—, mi plan para esta noche acaba de cambiar drásticamente.

—Para mejor, si te refieres a ese tocaculos de mierda.

—Ah, ¿lo viste? —pregunté, agradecida porque ESPN hubiera pasado a mostrar momentos destacados del hockey.

—Sí. Habría saltado a defender tu honor, pero quedó más que claro que podías lidiar con la situación sola. —Me felicitó con un gesto de su vaso, pero lo volvió a apoyar sin beber.

—Gracias. —Al estar rodeada de tipos como Landon y Pax, no se

me daba muy a menudo la oportunidad de luchar mis propias batallas. De alguna manera, era bonito que me vieran como una persona fuerte y empoderada.

En ese momento, entró por la puerta la comitiva de una boda. La novia llevaba un elaborado vestido blanco sin tirantes que contrastaba de forma muy hermosa con su piel de color café con leche. Se inclinó sobre la barra a mi lado y, como la camarera no apareció inmediatamente, soltó un silbido.

Era de las mías.

—Necesito una soda. Mi amiga se ha manchado el vestido —le pidió.

—¿Y qué vas a hacer esta noche, ahora que se frustró tu otro plan? —preguntó Cruz.

Miré rápido mi teléfono. Little John estaba esperando fuera.

—No estoy segura. —¿*Qué* iba a hacer? Esa era la pregunta del millón.

—No tenemos mucho planeado —dijo, señalando con la cabeza a sus amigos—, pero me encantaría que te quedaras a pasar el rato con nosotros. O podemos quedarnos los dos aquí un ratito más sin beber —agregó con otra sonrisa capaz de parar corazones.

Antes de que pudiera contestar, lo llamaron los chicos del bar.

—Piénsalo —dijo, y se dio la vuelta de nuevo hacia sus amigos.

—Amiga, yo haría más que pensarlo. Me subiría a ese tren —dijo la novia.

Por poco escupo el agua.

—¿Perdón?

—Perdón vas a tener que pedirte a ti misma si no le saltas encima a ese tipo. —Le echó una miradita a Cruz.

Se acercó una rubia con una mancha roja en el vestido verde agua.

—No puedo creer lo que hice —dijo con un acento sureño.

—No te estreses. Ya tomamos las fotos y lo único que queda es la fiesta —la tranquilizó la novia—. Además, no seríamos nosotras si no salieran mal las cosas.

—¿Conseguiste algo? —preguntó una pelirroja, sumándose al grupo.

—Aquí tienes. —La cantinera le pasó una botella sobre la barra.

La chica firmó la cuenta de la gaseosa.

—Gracias. Ember, ¿puedes con eso?

—Sí, no te preocupes —dijo la pelirroja, secándole el vestido a la rubia con unos golpecitos suaves.

La novia se dio la vuelta y apoyó la espalda en la barra.

—¿Y? ¿Le vas a decir que sí? —me preguntó, señalando a Cruz con la cabeza.

—Ah... Eh... No sé.

—Bueno, deberías. La última vez que alguien me miró así... Te lo resumo: se subió a una barra por mí y terminé casándome con él —dijo, sonriendo en dirección a la puerta.

Sonó una notificación en mi teléfono mientras se acercaban tres tipos.

Little John: Ey, vas a venir o no? Se te cierra la ventana.

Tragué saliva y mi cerebro repasó todos los escenarios posibles. ¿Y si lo hacía sola? Landon y Pax se enfadarían mucho, pero igualmente se volverían locos por el hecho de que hiciera esto sin ellos. ¿Y si lo cancelaba? ¿Algún día lograría reunir el valor necesario para volver a intentarlo? Nunca había sido de las que metían el dedo del pie antes de entrar al agua. Yo era de las que se lanzaban de cabeza y después miraban qué había en el fondo.

—En serio, dile que sí —me instó la novia justo cuando un tipo enorme y descomunal con esmoquin la levantó y se la puso al hombro.

—Se terminó el momento de charlar —dijo con una sonrisa—. Josh, ¿abres la puerta?

—¡Lánzate! —dijo la novia en un susurro bien audible, con una gran sonrisa, mientras se la llevaban en brazos.

—Con gusto —exclamó otro tipo, abriendo la puerta para que salieran los seis.

Limpié la condensación del vaso con el pulgar y eché unas miradas al trago de Cruz, que seguía intacto. *Tal vez...* Era una locura, pero lo que yo estaba a punto de hacer también lo era.

—¿Y? ¿Qué me dices? —preguntó Cruz, volviéndose hacia mí mientras sus amigos se levantaban para salir.

Salta. En eso eres buena.

—¿Cuánto sabes de paracaidismo?

Se le dispararon las cejas hacia arriba.

—Apuesto a que sé más que tú.

—Esa apuesta la perderías —dije, sin poder contener la sonrisa. Sentía que se me encogía el estómago cada vez que nos mirábamos a los ojos, pero me sentía mejor que nunca.

—Por alguna razón, no me sorprende —dijo lentamente.

—Cruz, ¿estás listo? —preguntó uno de los tipos.

Me miró ladeando la cabeza como preguntando.

—Tengo una mejor idea —dije despacio.

—A ver.

—¿Quieres hacer algo sumamente peligroso conmigo? —Contuve la respiración mientras él no solo me miraba, sino que me *veía*. En lo que duraron esos pocos latidos, me sentí desnuda, aunque sus ojos no

se movieron de mi rostro. Todos mis instintos me decían que desviara la mirada, pero sus ojos estaban hechos para ahogarse en ellos y yo ya me estaba hundiendo.

—¿Algún otro detalle?

—No. O aceptas o no aceptas —dije, mostrándome más fanfarrona de lo que me sentía.

—¿Cruz? —le insistió su amigo.

Vi el debate silencioso que se desarrolló en su mirada antes de que asintiera despacio con la cabeza.

—Vayan. Los veo más tarde —dijo sin romper el contacto visual conmigo.

Se me aceleró el pulso y me dio un vuelco el corazón. *Mierda, voy a hacerlo en serio.* Por favor, Dios, que no me estuviera mintiendo, que tuviera experiencia. ¿Qué posibilidades había de que me hubiera sentado en un bar al lado de alguien capaz de hacer eso?

El destino, susurró mi corazón.

Cierra la boca, respondió mi cerebro.

Yo no me ponía melosa por cualquier tipo. La melosidad te volvía blanda y débil.

—¿Vamos? —preguntó, levantándose mientras sus amigos se iban.

Mis pies tocaron el suelo. Epa. A pesar de mis 1,72 m de altura, él me sacaba unos buenos diez centímetros, y qué *cuerpo*. El tipo estaba muy definido, probablemente más que Pax, lo cual era difícil de lograr. Y por cómo se le marcaban esos músculos de los brazos al moverse, se veía que el resto de su cuerpo estaría igual de tonificado.

Nos dirigimos a la entrada del hotel para encontrarnos con Little John, dando pasos largos al mismo ritmo.

—Debo decirte que esto puede que sea un poco ilegal —confesé, guiándolo hacia la salida, donde nos esperaba Little John.

—Eres toda una caja de sorpresas, ¿no? —dijo en voz baja mientras me sostenía la puerta.

—No tienes ni idea.

Me estaba sorprendiendo hasta a mí misma esa noche.